

CUADRO PRIMERO.

EL MÉDICO DE ALDEA.

La escena figura una taberna situada á la entrada de un bosque; en el fondo una puerta casi arruinada; á la izquierda otra puerta que conduce á lo interior de la choza; algunas mesas sucias con jarros y vasos; supónese ser deshoras de una noche borrascosa.

ESCENA I.

MURF Y FORT,

armados con puñal y pistolas, sentados en un banco junto á alguna mesa.

Murf. No viene.

Fort. La tempestad le habrá acobardado.

Murf. La suma que nos ha prometido me hace sospechar es empresa difícil. ¿Á qué atribuir su tardanza?

Fort. No te impacientes; esperemos.

Murf. Hace ya una hora que debería estar aquí.

Fort. No debe tardar.

Murf. Si es que viene.

Fort. Hasta cuándo durarán tus recelos?

Murf. No olvides que no le conocemos, y el misterio con que nos trata.....

Fort. Pues que, ¿quisieras que viniera á hacernos la relacion de sus nombres y designios, y á mostrarnos su fe de bautismo? Si no nos necesitara no hubiera venido á buscarnos.

Murf. No digo lo contrario; pero por qué no ha respondido á las preguntas que le hemos hecho? nos oculta su nombre y tambien lo que tenemos que ejecutar.

Fort. Seguramente desconfiará de nuestra reserva.

Murf. Es obrar con muy poca franqueza.

Fort. Olvida esto, y no pienses mas que en los mil escudos que nos ha ofrecido.

Murf. Ofrecido!....

Fort. Y cumplirá su palabra: te repito que nos necesita; está seguro de que vendrá. Échame un trago.

(Murf llena de vino los vasos y beben.)

ESCENA II.

LOS MISMOS Y GONORA.

Gon. Vaya, camaradas! ¿Cuándo pensais tomar el portante? Solo habeis bebido un jarro de vino y hace ya dos horas que os hallais aquí.

Fort. Y qué te importa esto?

Gon. Es que ya es muy tarde y quiero cerrar mi taberna.

Fort. ¿Cerrar la taberna? ¿No ves que esa puerta, á pesar tuyo, da siempre paso á todo el que quiera entrar y salir?

Gon. Seguramente no iré á buscaros para hacer otra.

Murf. Vamos, no es menester tomar las cosas tan á pechos; la gente se entiende hablando: venga otro jarro de vino; esperamos aquí á un individuo; tan luego como llegue desocuparemos el lugar.

Gon. En hora buena.

(Vuelve con el jarro lleno de vino y se marcha.)

ESCENA III.

MURF Y FORT.

Murf. Por vida de... Hacernos esperar aquí como á dos mastines.

(Impaciente.)

Fort. Calma, amigo Murf, calma; harto remunerados quedaremos con los mil escudos que debe pagarnos.

Murf. Será sin duda alguna un negocio muy árduo.

Fort. Quien nada tiene, nada pierde.

Murf. Vaya otro trago.

(Beben, se oyen algunas pisadas.)

Silencio!.... me parece que oigo las pisadas de alguno....

(Dirijese á la puerta.)

La noche está tan oscura como la mansion del diablo.... nada descubro, pero alguien se acerca.

Fort. Será nuestro hombre sin duda.

Murf. Voy á saberlo.

(Da un agudo silbido; otro silbido responde á esta señal.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS

y un desconocido que debe salir embozado en una capa.

Desc. Ah! pláceme ver cuán exactos habeis sido á la cita.

Murf. Sí; tan exactos que hace ya una hora que os estamos esperando.

Desc. Acechaba un momento favorable; sin la prudencia nada se alcanza.

Fort. Está todo dispuesto?

Desc. Nada teneis que temer.

Fort. Por lo que pueda sobrevenir, estamos armados.

(Mostrando las armas.)

Desc. Es inútil; supongo que no habréis olvidado nuestro convenio; ni una palabra; ni una sola pregunta: mas adelante os diré lo que debeis hacer. Obedeced ciegamente mis órdenes solo por algunas horas, y obtendréis la cantidad ofrecida.

Murf. No hablemos mas; andemos.... Ah! á propósito; es menester pagar á la tabernera dos jarros de vino; anticipadnos algun dinero, camarada.

Desc. Os he hecho esperar; justo es que yo pague la tardanza.

(Echando una moneda sobre la mesa.)

Seria peligroso que nos encontráran juntos: tres hombres á deshoras de la noche y siguiendo el mismo camino, podrian despertar sospechas, y no hay necesidad de ello. Pronto hallaremos tres senderos que conducen á un mismo punto: vosotros tomaréis cada uno por una de las veredas; os encargo sobre todo el mayor sigilo.

(Fort coge el dinero, va á pagar á la tabernera y sale al momento.)

Murf. El punto de reunion?

Desc. El lugar á que conducen los tres caminos.

Murf. Pero no podemos saber adónde nos conducis?

Desc. Qué os importa?

Murf. Es que es hora ya de que sepamos la comision que debemos desempeñar.

Desc. Imprudente: Habeis olvidado vuestro compromiso? Admitis, ó no?

Murf. Antes debeis decirnos el peligro que corremos.

Desc. El de ganar mil escudos.

Fort. Decis bien; nosotros nada debemos saber; guardad vuestro secreto.

Desc. Menguados!..... Voy á satisfacer vuestra impertinente curiosidad.

(Con misterio.)

Hallábame al servicio del marques Rodolfo de Nievremont, cuando se sublevó en toda la Francia el pueblo en masa contra las riquezas y los títulos. Rodolfo, que nadaba en la opulencia y era marques, apeló á la fuga para libertarse del furor de sus perseguidores. Despojado de todos sus bienes por los insurrectos, pudo salvar en una arquilla un tesoro, que en los momentos de peligro confió á su mas íntimo amigo el baron de Kervelane. La insurreccion igualó al señor con el criado: la arquilla pasó por mis manos y, aunque cerrada, me fué fácil proveerme de esta llave, seguro de que algun día me haría dueño del tesoro que el baron depositó en mi presencia en un mueble que conozco muy bien.

(Les enseña una llavecita.)

Llegó el momento. Os encargo de nuevo la mayor reserva; sedme fieles y os entregaré lo ofrecido cuando tengamos en nuestro poder el tesoro de mi difunto Sr. Rodolfo de

Nievremont y salgamos del castillo de los Herbiers, término de nuestra escursion.

Murf. Cracias á Dios que algo habeis desembuchado; con que manos á la obra.

Desc. Vamos allá.

ESCENA V.

EL DR. GERVÉ, con espuelas y un látigo en la mano
y MONFOT,

Gervé. Maldita jaca! ni las espuelas ni el látigo pueden sacarla de su paso normal. Tenemos aun mucho que andar?

Monf. Algunas dos leguas.

Gervé. Llamando. Hola! sale Gonora. Podréis proporcionarnos algun refrigerio?

Gon. Voy allá, señor. Gonora se lleva el jarro, vuelve con una botella de vino y dos vasos que deja en la mesa, y se marcha.

Gervé. Despues de haber llenado los vasos. Tomad, amigo; vamos á dar calor al estómago. *Beben.* Y cómo se llama el castillo?

Monf. De los Herbiers; dista doce leguas de la aldea en que os hallais establecido; á la fama de vuestras milagrosas curas os han mandado á buscar para asistir á la muy alta y poderosa Aliza de Kervelane, jóven de diez

y ocho años, hija de un Baron, hombre ya anciano, señor del dominio de los Herbiers.

Gervé. Siendo tan joven, no hay que temer.

Monf. Ah! Sr. Doctor, recelo que toda vuestra ciencia será inútil.... es tan desdichada!...! sufre tanto!.... Apénas llegue el mes de Setiembre, creo que no nos quedará de ella mas que un cadáver.

Gervé. Vaya; no hay que perder las esperanzas; de aquí á Setiembre tiempo nos queda para fortalecer esa tierna planta; muchas he visto yo que despues de haberse hallado al borde del sepulcro, han vuelto á aparecer en el mundo mas llenas de vida que ántes de su enfermedad; nunca debe uno perder la confianza, amigo mio.

Monf. Quiera Dios que salgan cumplidos vuestros deseos!

Gervé. Y os halláis vos al servicio del Sr. Baron?

Monf. No señor; soy arrendatario suyo; pero la proteccion que de tiempo inmemorial los Sres. de los Herbiers han dispensado á mi familia, me constituye en un fiel servidor del Sr. de Kervelane, dueño del castillo de los Herbiers; de ese pobre castillo que ha sobrevivido á los días de su esplendor; ha rodado de generacion en generacion como una carga tanto mas pesada, conforme ha adelanta-

do la familia en la escala social; y á medida que ha pasado de heredero en heredero, ha ido derrumbándose paulatinamente, quedando reducido solo á un recuerdo de orgullo y de fortuna: sin embargo, su actual poseedor lo ama con toda la efusion de su alma, la cual es noble, arrogante en la pobreza, orgullosa ante su blason, y fiel al recuerdo de lo pasado: es uno de aquellos nobles que abrigan en su alma esta antigua divisa: «La Nobleza obliga.»

Gervé. Decis bien; la verdadera nobleza es la que dimana del corazon.... con que, si os parece, vamos á seguir nuestro camino.... *Ullamando.* Hola.... *sale Gonora,*... *Tomad.... dándole una moneda....* Hasta la vuelta.... *á Monfort,*... *Vamos. Gonora recog e lo que hay en la mesa y se retira.*

MUTACION.

La escena representa una habitacion del castillo de los Herbiers: una puerta en el fondo, al lado una ventana que da á un jardin; una puerta á la derecha y otra á la izquierda; un armario; una mesa con libros y recado de escribir; algunas sillas; un sofá; todo de elegante hechura, pero muy viejo; algunos cuadros que representan los abuelos del baron de Kervelane.

ESCENA VI.

VALENTIN É IVONE *limpiando las sillas y demás.*

Val. Mucho tarda el médico.

Ivone. La noche ha sido tan borrascosa que no es de extrañar.

Val. El Sr. Baron le está aguardando con mucha impaciencia.

Ivone. Y la señorita Aliza está ya al corriente de la visita que va á recibir?

Val. Nada se le ha dicho.

Ivone. Pues han hecho muy mal; podrá sobresaltarse y...

Val. Cuando el Sr. Baron lo ha dispuesto así... *se oye tocar una campanilla. Calla!... hélo ya aquí... voy á abrir... Ivone entra por la izquierda suponiendo va á avisar al Baron.*

ESCENA VII.

EL DR. GERVÉ Y VALENTIN.

Val. *Acercándole una silla que coloca en medio del escenario. Tened la bondad de sentaros ínterin voy á avisar al Sr. Baron. El Dr. Gervé, despues de haber dejado el sombrero en una silla, se sienta.*

ESCENA VIII.

EL BARON DE KERVÉLANE Y EL DR. GERVÉ
que se levanta y saluda respetuosamente al Baron.

Baron. Tengo el honor de hablar al Dr. Gervé?

Gervé. Que está á vuestras órdenes.

Baron. *Cogiendo una silla y colocándola al lado de la del doctor Gervé. Sentaos, doctor: se sientan;* ántes de que veais la enferma, debo poner os al cabo de algunos detalles que tal vez podrán daros alguna luz acerca de la enfermedad de mi hija; prestadme toda vuestra atencion. Hace veinte años, doctor, me desposé con una jóven que Dios no habia destinado á permanecer largo tiempo en la tierra.... Ah! yo no lo ignoraba, y sin embargo, la hice mi esposa; la amaba entrañablemente; queria prodigarle mis cuidados y consagrarle todo mi amor durante el tiempo que Dios la dejara vivir; ademas, yo era jóven y no dudaba que mi ternura podria hacer milagros; en efecto, la enfermedad de pecho que debia conducirla al sepulcro, se desvanecia al parecer bajo la poderosa influencia de la felicidad. Creí que Sara habia resucitado: nuestros hermosos hijos nos prodigaban á com-

petencia sus infantiles cariños; un niño de compleción robusta y lleno de vida, y dos niñas gemelas que parecidas á su madre, mostraban en la palidez de su rostro adolecer de la aguda enfermedad que tanto hacia sufrir á la que les habia dado el sér... *conmovido*. Sara!... Sara!... el ángel de esta mansion!... la mujer idolatrada!... llegó á cumplir veinticinco años.... *con resignación*.... despues, sin esfuerzo y sin lucha murió resignada, pero con el corazón lleno de tristeza al contemplar á sus hijos que no debia volver á ver.... *muy pesaroso*... Lloró, pobre mujer, la vida que perdia.

Ivone. Entra corriendo. Señor Baron: Valentin ha visto desde la torre, á la entrada del valle, algunos caballos de posta; el caballero de que me habeis hablado, pronto estará aquí.

Baron. Bien; déjanos solos. *Ivone se va.* Concluyo, doctor... Los tres hijos que me quedaron me imponian sagrados deberes, y no ignorais que el cumplimiento del deber es el consuelo de la desgracia. Mi hijo crecia visiblemente; su naturaleza fuerte y varonil le daba aquel vigor corporal que tan raras veces se halla unido á la energía del alma; pero mis hijas!... *conmovido*, dulces imágenes de su madre, dos flores semejantes, sin savia y

sin color, tuvieron una penosa infancia; padecian los mismos achaques, los mismos desfallecimientos; una misma enfermedad marchitaba á un tiempo mismo aquellas dos tiernas cabezas. Pasaba dias llenos de angustias y noches sin sueño. En vano quise libertarlas del incesorable mal que minaba su existencia, llegaron á cumplir quince años.... *sumamente afligido*.... Entónces, doctor... entónces... una de ellas murió, abrazando tiernamente á la que le sobrevivia, y dirigiéndole estas tristes palabras: «Allí arriba te espero, hermana querida,» *asiendo convulsivamente la mano del Dr. Gervé*... Doctor!... teneis hijos?

Gervé. *Muy conmovido.* Una, señor.... tengo tambien una hija.

Baron. Ah! por vuestra misma hija, salvad á la mia. Voy á llamarla, *llamando*.... Aliza!... Aliza!...

Aliza. *Desde el jardín.* Padre mio!

Baron. Venid, doctor: *le conduce á la ventana que da al jardín.* La veis en el bosquecillo?.... la veis?... su dolencia le hace amar la soledad; pasa horas enteras en medio de las flores, sentada en la yerba y sepultada en una continua distraccion. Aliza tiene diez y ocho años; sin ser demasiado bella, su aspecto es encantador; aunque delicada como un niño, tiene

la penetrante imaginacion de una mujer: al parecer el alma se ha anticipado al cuerpo, que es demasiado débil para encerrar los tesoros que aquella contiene; su rostro es de una palidez inanimada; sus penetrantes ojos hacen resaltar el alabastro de su tez; algunas veces hay en su vista una espresion tan profunda, que no sé á qué comparar el hechizo de aquella cabeza decadente, blanca, pensativa, llena de inteligencia y alma.

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y ALIZA con unas flores en la mano,
pálida, distraida.

Aliza. Qué quereis, padre mio?

Baron. *Le besa la frente.* Hija mia, por qué pasas así los días enteros sumida en la inaccion y tristeza?..... Por qué no te ocupas en algo?

Aliza. Sí.... decis bien.... dadme un libro.... voy á leer.

Baron. No ignoras que tu continua melancolía y mortal palidez me tienen siempre en el mayor sobresalto: el Dr. Gervé, que ves presente, logrará, creo, destruir el mal cuya tenacidad ha frustrado hasta ahora todos mis desvelos; siéntate aquí, querida Aliza. *Se sienta en la silla que ocupaba el Baron.*

Aliza. *(ap.)* Hasta cuándo!...

Baron. Y bien, qué os parece doctor?

Gervé. Esperad: *pulsa á Aliza y queda como contando las pulsaciones; despues aplica el oido á la espalda de la jóven que está como embelusada desbojando una flor; el Baron fija la vista en el semblante del doctor.*

Baron. *Sobresaltado, al doctor, en voz baja.* Y bien, doctor.... y bien, qué decis?

Gervé. *Á media voz.* Por ahora nada hay que temer; la enfermedad se halla en buen camino. Dios ha permitido que vuestra mujer é hija, cuya pérdida tanto habeis llorado, llevasen consigo el gérmen del mal que las ha conducido al sepulcro.

Baron. Vuestras palabras derraman en mi corazon ulcerado un bálsamo benéfico. *El doctor se acerca de nuevo á Aliza, la pulsa otra vez y luego queda como meditabundo. En voz baja á Gervé; con sobresalto.....* En qué pensais?

Gervé. Oh! en nada.... en nada, Sr. Baron; solo necesito examinar aún; ver mas tiempo..... su organizacion es sumamente delicada.... es necesario reflexionar.... buscar las causas.... la receta debe ser hija del mas escrupuloso ecsámen.

Wone. *Entra precipitadamente.* Ya está aquí.... ya

está aquí... venid pronto. El coche ha entrado en el patio.

Baron. Me permitireis, doctor, que salga al encuentro de ese huésped, con el cual tengo que tratar de un negocio muy importante; es un forastero que viene á pasar algunos dias en este castillo.

Gervé. Haced lo que gustéis, señor: solo os suplico me dejéis permanecer por algunos instantes mas al lado de vuestra hija.

Baron. Como queráis.

ESCENA X.

EL DR. GERVÉ Y ALIZA *que permanece distraida y sentada.*

Gervé. *Aparte, contemplándola.* Cuánta debilidad!... Cuánta tristeza! *se acerca á Aliza....* Tengo una hija de vuestra edad, señorita, víctima de la misma dolencia; pero lo que mas me desconsuela es la indiferencia con que mira su mal; no habla de él á nadie, sufre en secreto, miéntras que su enfermedad la va aniquilando todos los dias.

Aliza. *Sin mirar al doctor....* Ah!

Gervé. No estrañaré que criada en el campo eche ménos los placeres que brindan las ciuda-

des, los bailes, los espectáculos, el fausto; debe vivir en una atmósfera de fastidio. *Aliza sin que cabizbaja deshojando las flores sin mirar al doctor....* Solo me queda una esperanza; voy á casarla. Ama apasionadamente á un jóven tan enamorado y bello como ella. Quizá esas dos criaturas, una vez unidas, hallarán la alegría y la felicidad.... Se aman tanto!... *A estas últimas palabras Aliza levanta súbitamente la cabeza, deja caer las flores que tiene en la mano y fija su vista en el Dr. Gervé.* Al notar el efecto que han producido en Aliza sus últimas palabras, cambiando bruscamente de tono. Señorita, es ya algo tarde, y debemos ir á reunirnos con vuestro padre.

Aliza. Aquí viene con un caballero. *Indicando una puerta lateral,* Dejadme ir por un momento al jardin. *Se va por la puerta del fondo.*

ESCENA XI.

EL DR. GERVÉ, EL BARON Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Baron. *A Nievremont.* Me cabe la satisfaccion de presentaros al Dr. Gervé, hombre de grandes conocimientos en la medicina.

Gervé. *Saludando á Nievremont.* El deseo de corres-